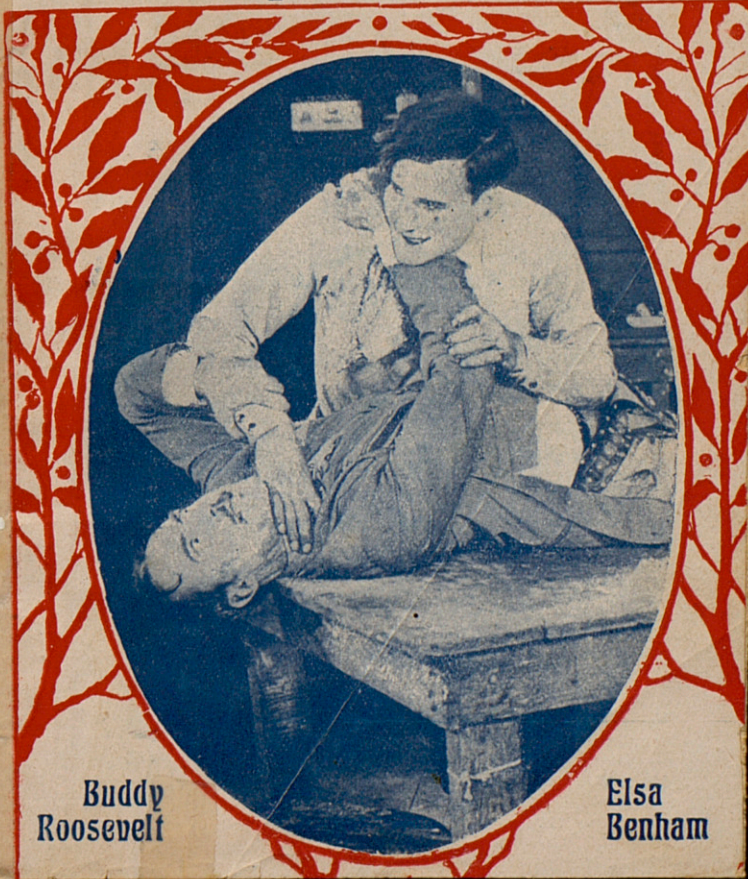


Biblioteca-Films

NÚM.
308

LA LEY DEL TORTAZO

25
CTS.



Buddy
Roosevelt

Elsa
Benham

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACÍA

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234-Apartado 707

Sdad. Gral. Española de Librería: Barbard, 16

B A R C E L O N A

APARECE LOS MARTES

O VI

REVISADA POR LA PRENSA CENSURA

Núm. 308

CODE OF THE COW COUNTRY

LA LEY DEL TORTAZO

Adaptación en forma de novela, de la película del mismo título interpretada por el gran caballista de la pantalla

BUDDY ROOSEVELT

Versión literaria de NORMA ALAS

EXCLUSIVAS - CINEMATOGRAFICA

VERDAGUER

Consejo de Ciento, 290 Barcelona

REPARTO

Jim West..... BUDDY ROOSEVELT
Helen Calhoun..... ELSABENHAM

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

LECTURA PARA TODOS

LA NIÑA BIEN

SANTIAGO IE

EL POLLO PERA

A. PEREZ ZAM

LA CARABINA

SANCHEZ MOR

EL PAVO MELÓN

M. NIETO GA

UNA MUJER "CAÑÓN"

TOMAS PRIETO

LA SEÑORITA CITROËN

R. PUENTE NEVOT

EL CASTIGADOR

JORGE RUEN

LAS NIÑAS DE ROSALES

J. REYGADAS

ILUSTRACIONES DE BOSCH

Precio:

25 cts.

PORTADA A TODO COLOR
32 PAGINAS DE TEXTO
PROFUSAMENTE ILUSTRADO

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

PRIMERA PARTE

Arizona... hermoso país, uno de los Estados Unidos de América del Norte. Confina con los de Nuevo México, Utah, Nevada y California y con México.

Está atravesado por el río Colorado y éste le sirve de límite con el Estado de California y parte de la Nevada. Vamos, pues, a trasladar a nuestros asiduos lectores a la gran llanura de Arizona y a uno de los ranchos más importantes de aquel distrito municipal.

Era éste el llamado rancho Diamante, cuyo propietario era el señor John Calhoun, buenísima persona incapaz de hacer mal a nadie y de soportar con santa paciencia las fechorías de la mayoría de sus rancheros y de un modo especial del capataz provisional Dutch Moore, y cuya interinidad se iba prolongando a ciencia y paciencia del propietario del rancho Diamante

pero ello era la mitad por fuerza y la otra mitad por no encontrar un buen sustituto.

Entre el señor Calhoun y su hija, bella joven de veinte y dos años, de sedosa y rubia cabellera, llamada Helen, a menudo se suscitaban conversaciones a propósito de quién podría ser el sustituto para la plaza de capataz.

Por su buena suerte les fué presentado Jim West, apuesto joven de semblante noble y porte varonil.

Con pocas palabras quedaron entendidos, aceptando Jim el cargo que le ofrecían, conviniendo en tomar posesión inmediatamente.

Jim West, el recién llegado, pues, dirigióse decidido a tomar posesión de su cargo y presentóse de improviso en la habitación destinada a dormitorio de los rancheros.

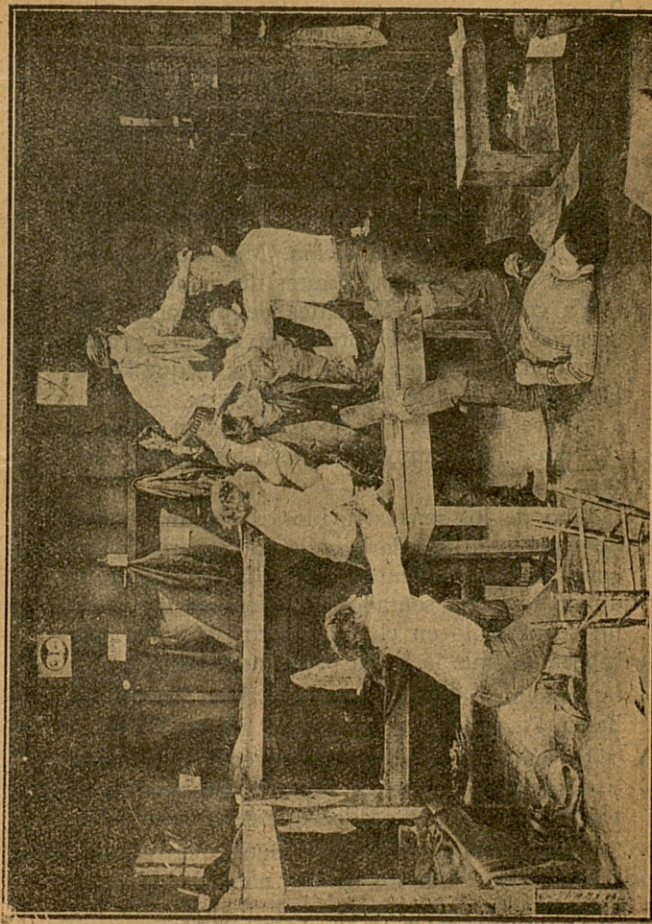
Tiró el sombrero sobre uno de los bancos, y después de saludar con tono sereno, pero sin jactancias, fuese a sentar a uno de los rincones.

Todos los reunidos le miraron sorprendidos, pues no le conocían, y Dutch Moore, el capataz provisional que estaba tumbado en una litera, dijo al que tenía más cerca y bastante fuerte, para que el interesado le oyera:

—Me parece que éste viene con aires de matón.

—Poco tendrá que hacer aquí—le contestó el interpelado.

Jim no hizo caso alguno de aquellas frases,



De un salto precipióse en encima la mesa...

Pasados los primeros momentos, todos los allí reunidos mostráronse esquivos y recelosos, procurando ponerse a la defensiva y tomando posiciones para el ataque.

Viendo estos preparativos, Jim no pudo menos que exclamar, con la sonrisa en los labios:

—Ni que fuese un ciclón. Me parece a mí que os habéis alarmado antes de tiempo.

Ya con ganas fehacientes de provocar una cuestión personal, el bravucón capataz provisional Dutch Moore, dijo, riendo, al que hacía las veces de barbero de los rancheros:

—Oye, tú: ¿por qué no le afeitas en seco?

—La idea es muy ingeniosa... si yo me dejase.

Uno de los más atrevidos tiróle una bolita de papel que fué a darle en la nariz, pero rápido como el pensamiento cogió Jim el taburete donde se había sentado, y haciéndole describir un semicírculo en el aire, lo tiró certero a la cabeza del que le había provocado.

Aquello fué la chispa que hizo brotar la llama.

De un salto precipitóse Jim encima la mesa y desde allí empezó a repartir mamporros y tortazos a los más osados que se le acercaban.

La mayoría cayeron por el suelo, pero Moore más prudente que los demás, no se había acercado lo suficiente para ponerse al alcance de los puños de nuestro héroe Jim. Este, dueño ya

casi de la situación, dijo con marcado buen humor y risueño:

—Ya es hora de que me conozcan ustedes... para que no enfermen del corazón. Me presentaré yo mismo: soy Jim West, el nuevo capataz de este rancho.

—Usted está loco. Aquí no hay más capataz que yo.

—Hasta hace cinco minutos, tal vez, aunque ignoro el buen uso que hacía usted de este título, pero ahora se acabó lo que se daba, y empiezo yo para haceros notar a todos que seré un buen compañero para los que me ayuden y que me impondré, no por la ley del "sheriff", sino por la Ley del Tortazo.

Del buen efecto de aquel discurso fué prueba el cambio que se operó en algunos, no en todos, ni mucho menos.

Salió Jim y fué a dar cuenta al señor Calhoun del éxito de su debut, contando lo que había ocurrido sin alardear de valiente y dando escaso interés a su gestión.

Cuando hubo salido, el señor Calhoun dijo a su hija:

—Nos estaba haciendo muchísima falta un hombre como Jim, que es capaz de imponerse y evitar los abusos que con nosotros se estaban cometiendo. Ahora voy yo mismo a comunicar a los vaqueros mi determinación.

—Harás bien, papá —dijo con entusiasmo Helen.

Uno de los rancheros, llamado Flix, acercóse a Jim, diciéndole:

—Llega usted con gran oportunidad para meter en cintura a más de cuatro.

En esto presentóse el señor Calhoun y al verlo el capataz provisional, le preguntó con mucha desvergüenza:

—¡Vamos a ver, que yo me entere! ¿Quién es aquí el capataz, éste o yo?

—Para este cargo acabo de tomar a Jim West y tú quedas despedido desde este mismo momento.

—¿De modo que se me echa como a un perro?

—Puedes tomártelo como gustes.

—¡Se acordará usted de mí!

—Y tú de mí también, no lo eches en olvido, ¿oyes?—dijo Jim a su antecesor Moore, tu-teándole.

Escapó éste como alma que lleva el diablo, pero a la puerta del rancho encontróse con Teddy, hijo del señor Calhoun, vicioso y jugador empedernido, que para saciar su loco afán, no reparaba en provocar la ruina de su padre, comprometiendo su hacienda, ganado y dinero.

Moore, el capataz despedido, hacía muy buenas migas con él, pues era su hombre de confianza y estaban en mutua inteligencia, para entre los dos hacer la ruina del señor Calhoun.

—Mala noticia he de darte, Teddy, tu padre me ha despedido.

—Y eso, ¿por qué?

—Sencillamente, pues porque ha nombrado capataz a otro.

—¿Se habrá enterado de nuestras combinaciones?

—No lo creo, pero, en fin, el perjudicado soy yo de momento.

—No te apures, que ya procuraré recompensarte.

Este diálogo sostenido en voz baja, demuestra que el uno era un mal hijo y el otro un hombre poco escrupuloso, capaz de toda acción ruin.

Despidiéronse los dos, conviniendo en que se encontrarían como de costumbre, en un rancho cercano, el cual servía de pretexto para jugar a los prohibidos, burlando la vigilancia del "sheriff".

Moore despidióse de Teddy, marchando de un humor de mil diablos, pues veía se le había acabado, por lo menos de momento, la manera especial que tenía de trabajar recurriendo a medios ilícitos.

En cambio Jim West estaba completamente satisfecho de su nuevo empleo y se consideraba feliz,

SEGUNDA PARTE

Después de la labor de aquel día, presentóse Jim a saludar al señor Calhoun, el cual estaba en aquel momento reunido con su bella hija Helen.

Puestos ya en el terreno de las confidencias, el noble propietario decía con amargura a su nuevo capataz:

—Hemos sostenido una lucha titánica para echar de nuestro rancho el ganado de Jackson, que se comía nuestros pastos y nos causaba mil destrozos.

—¿Y por qué no se quejaba usted al sheriff?

—Demasiadas veces lo he intentado y sin resultado. Por lo que le decía antes y por otras muchas razones, es un peligro constante para mi casa la vecindad de ese hombre.

—Pues aquí me tiene usted para secundar sus planes.

—Por eso le he llamado, para que, como hombre de confianza, vele usted por la seguridad de mi hacienda y por la tranquilidad de mi familia.

Helen estaba pendiente de las palabras de su padre, pues veía con buenos ojos la confianza que se depositaba en aquel apuesto y simpático joven, de carácter enérgico y valeroso, que nada le arredraba y que exponía su vida en defensa de ellos y del rancho de su padre, pues a pesar de tener a su hermano, ya sabía que era inútil contar con él para nada provechoso, pues todo el día se lo pasaba fuera de su casa, dejándose vencer por el vicio del juego, tirando lastimosamente el dinero que podía sustraer de su padre. Había algo todavía peor que esto, pero la inocente Helen lo ignoraba, pues ocupada con los quehaceres de su casa y no cuidando del negocio, no podía apreciar todo lo perverso que era su hermanito.

Además, para evitar disgustos de familia, su padre procuraba disimular a los ojos de su hija cuanto de malo hacía Teddy.

Así pasaba el tiempo y poco a poco Teddy dilapidaba los bienes y hacienda de la familia, pues no solamente hacía un perjuicio a su padre y a él mismo, sino que también lo hacía a su hermana, provocando para el día de mañana una situación difícil a ella.

Cuando aquella tarde regresó Teddy a su casa con los bolsillos vacíos y después de saber

que habían despedido al capataz, que era su compinche, encontróse con Teddy a la puerta del rancho, el cual gozoso y satisfecho le saludó, pues ya se conocían desde hacía mucho tiempo.

—¡Teddy, cuánto me alegro de verte!

—Siento no participar de esta alegría. Sé que has conspirado contra nuestro capataz Moore, y que mi padre lo ha echado por tu culpa.

—Me parece que te han informado mal, y que tu padre ha tenido otras razones para hacerlo.

—La única razón ha sido quererte poner a ti en su sitio.

—Si no hubiera sido yo, hubiera sido otro, pues lo que no quería era tener más en su rancho a Moore.

No dijo más Teddy y marchóse sin estrechar la mano que noblemente le ofrecía Jim.

Quedóse éste mirando la extensión de la hacienda que desde hacía poco estaba a su cuidado, y sonriendo satisfecho, abriendo los brazos cuanto pudo y como si buscara a una sombra, dijo:

—Al fin he realizado la gran ilusión de mi vida...

—¿Se referiría a la bella Helen?

Jim procuró captarse las simpatías de la mayoría de los vaqueros del rancho, y dado su carácter afable y la fuerza de sus puños, no le fué difícil la empresa.

El Águila que era uno de los rancheros más

antiguos de la casa, fué el que más pronto correspondió a la amistad de Jim, y la mayoría de veces salían juntos y solos a recorrer y vigilar los pastos del señor Calhoun.

Aquel día, como de costumbre, estaban al acecho, y a poco se apercibieron de lo que les intrigaba.

—Ahí tenemos otra vez a los visitantes—dijo Jim señalando al ganado que estaba apacentando en sus terrenos.

Al ser descubiertos, adelantóse Tallas, capataz del rancho Jackson, y dirigiéndose a Jim le dijo:

—Conducíamos el ganado hacia casa y ya ve usted... han roto otra vez los vallados y se han metido en terreno de ustedes sin que nosotros lo hayamos podido evitar.

—Hombre, sí que es raro, que las vacas tengan esa querencia y que sean ellas las que rompan las alambradas.

—Eso es llamarme mentiroso y ¡yo no tolero insultos de nadie!

—Pues lo dicho, dicho queda.

Adelantóse con aire amenazador, pero Jim no le dió tiempo de que le tocara ni un hilo de su ropa, sino que le alargó en seguida un tremendo puñetazo que le hizo rodar sin sentido.

Una vez vuelto en sí, acercósele Jim y con rabia y tono enérgico, le dijo:

—Lo que habéis estado haciendo hasta ahora

es un robo y un atropello, que no estamos dispuestos a soportar.

El tono con que fué dicha aquella amenaza, no dejaba lugar a dudas y así lo entendió el capataz Tallas y fué a juntarse con Jackson, el cual prudentemente no se había acercado al grupo por miedo a su físico.

Jim y su compañero Aguila emprendieron el regreso y este último deseaba llegar pronto al rancho, pues tenía un hambre canina.

Poco habían andado, cuando encontráronse con Helen, que había salido a efectuar un paseo a caballo.

—¿A dónde va usted a caballo a estas horas?

—Me estaba aburriendo y como les he visto salir a ustedes, he pensado venirles a recibir.

—Se agradece la intención.

El bueno de Aguila les seguía a una distancia prudente, pensando para su capote:

—Bueno, yo tengo un hambre que no veo y por lo visto no comemos hoy.

Se le ocurrió este pensamiento al ver que en vez de tomar por el atajo, seguían el camino que conducía a las afueras del poblado. Y como viera que andaban muy juntos, no pudo menos que exclamar:

—Estos se alimentan de suspiros y besos. Si tuvieran el hambre que yo tengo.

TERCERA PARTE

Ahora vamos a presentar a nuestros lectores a Billi Jackson, jugador profesional, que ha llegado a ser propietario de un rancho, gracias a sus malas artes de ventajista.

Por el solo hecho de tener una fortuna respetable creía que le daba derecho a conseguir el amor de Helen y constantemente la asediaba, y no pudiendo con sus propios méritos conseguir una correspondencia a su pretensión amorosa, y valiéndose de las trampas que hacía en el juego, comprometió a Teddy prestándole dinero que para devolverla sabía de antemano que recurriría a todos los extremos, por reprobables que ellos fueran, hasta conseguir ponerse a salvo de la Justicia.

Determinó Jackson emplear el último recurso y con este objeto fué en busca de Helen y le dijo:

—Su hermano Teddy jugó y perdió canti-

dades de cierta importancia y su firma está comprometida en estos pagarés... De usted depende, Helen, que yo le demande o que espere hasta que quiera hacerme feliz.

—De momento no he pensado nada, señor Jackson.

Y sin decir más, alejóse de allí, pues acaba de ver a Jim y le interesaba más éste que aquél.

No obstante, como vieron que Jackson les estaba mirando, disimularon prudentemente despidiéndose en seguida.

Jackson fué en busca de Jim y le dijo:

—Ha tenido usted más suerte que yo, Jim, pues veo que sus relaciones con Helen progresan rápidamente.

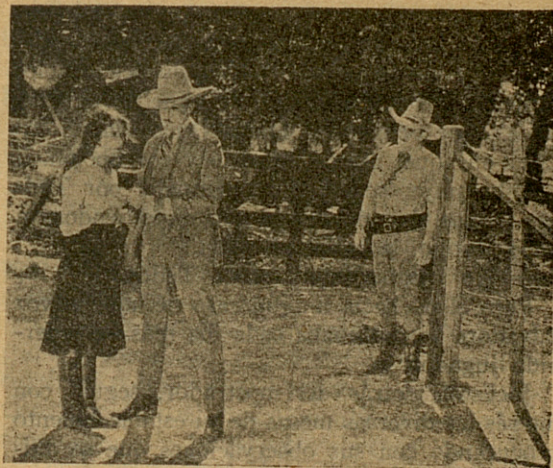
El tono de mofa con que fueron dichas estas palabras llamaron la atención de Jim y en cuanto supo por Helen lo que le había dicho de su hermano, que estaba comprometido con los pagarés que tenía pendientes, determinó que era indispensable hablar a Jackson seriamente.

La felicidad de Helen se veía ensombrecida por el temor que le inspiraba la suerte de su hermano y en tono confidencial le dijo a su padre:

—Me tiene preocupada Teddy.

—¿Y por qué, hija mía?

—Pues porque he sabido que frecuenta la casa de Jackson y juega muy a menudo, ha-



—De momento no he pensado nada

biendo perdido cantidades que no ha podido pagar.

Esta confidencia dejó postrado al pobre señor Calhoun, el cual no acertaba a comprender cómo su hijo podía haberse dejado dominar por el vicio funesto.

Desde aquel momento determinó espiarle para ver de corregirle y si podía salvarle de la ruina moral y material a que estaba expuesto.

El rancho de Jackson, de funesto recuerdo para todo el que lo frecuenta, presensentaba en aquel momento inusitada animación.

Abundaban las mujeres que servían de espejuelo a los jugadores y clientes del establecimiento y solamente una de aquellas desgraciadas, que se llamaba Dolores, parecía no encajar en aquel marco de vicio y corrupción.

Esta mujer sentía cierta simpatía por Teddy, y más de una vez y aun exponiéndose a serio castigo, le había avisado:

—¡No juegue usted, señor Teddy!

Pero él no hacía ningún caso de aquella voz salvadora, y continuaba cada día más empedernido jugador.

Jackson, detrás del mostrador, seguía con interés las diversas mesas de su establecimiento procurando con sus observaciones que se animara el juego, y disimulando las trampas que sus empleados hacían para vaciar los bolsillos de los incautos.

Jim que, como de costumbre, había ido a ver los vallados, pudiendo comprobar que, no obstante sus observaciones, habían sido rotos y dispuesto ya a acabar de una vez con Jackson, pues sabía era obra suya secundado por Moore, el ex capataz del señor Calhoun, dirigióse al rancho de aquél, pensando que al mismo tiempo tendría ocasión de sorprender a Teddy.

La misma idea había tenido el padre de Teddy y ésta fué la causa de que se encontrara con Jim en el momento en que iba a entrar en la sala de juego.

Después de dar una ojeada, dirigiéronse al mostrador, preguntando a Jackson:

—He oído decir que tiene usted unos pagarés de mi hijo Teddy en su poder.

—Sí, señor, es verdad—contestó con aire de triunfo, Jackson.

—¿Podría usted mostrármelos?

—Aquí están.

Y de dentro de uno de los cajones de su mesa sacó unos papeles, de los cuales separó otros y se los mostró.

Teddy, que desde el momento que vió a su padre acompañado de Jim había procurado escurrir el bulto y deseaba ganar la puerta, fué visto por Jim, el cual le cogió por un brazo, acompañándole fuera adonde estaba su padre.

Todos los allí reunidos, viendo la escena que iba a desarrollarse, dejaron por un momento las mesas, para formar un corro alrededor de los recién llegados y de Teddy, el cual, acompañado de Jim, estaba frente a frente de su padre con la cabeza bajo.

—Mira esos documentos, Teddy. ¿Los conoces?

Con la mayor fuerza de voluntad y haciendo un esfuerzo, dijo:

—Yo no he firmado esos pagarés, padre.

—Es ésta tu firma...

Teddy no supo o no pudo contestar.

Viendo que el silencio se prolongaba, Jim le preguntó a Teddy:

—¡Dimelo a mí, Teddy! ¿Los has firmado tú?

Jackson seguía con la mirada esta conversación y estaba pendiente de ella, pues algo tenía en la conciencia que le amargaba aquel momento.

—Si queréis más pruebas—dijo Jackson—, aquí tenéis un testigo.

Y mostró a Moore, que también se hallaba junto a ellos.

Disimuladamente Jackson encañonó a Moore, por si soltaba la sin hueso y le comprometía.

Pero no pasó desapercibido para todos esta maniobra, por cuanto el señor Calhoun y Jim, empuñando también sendas pistolas, apuntaron a su vez a Jackson.

Este quedó sin poder imponerse y entonces Jim, de un puñetazo, tumbó a Moore al tiempo que apuntándole con su revólver, le decía:

—Dime la verdad o eres hombre muerto.

Viendo no había otra solución que cumplir lo que le ordenaba, no tuvo más remedio que confesar:

—Jackson obligó a Teddy a firmarlos, aprovechándose de que estaba borracho.

Jackson, aprovechándose de la confusión y viendo el mal cariz que presentaba el asunto, procuró escurrir el bulto.

Las palabras del traidor Moore produjeron el efecto que era de esperar, pues allí todos conocían las malas armas de que se valía siempre



— Dime la verdad o eres hombre muerto

aquel hombre funesto que se llamaba Jackson.

Jim salió de aquella casa acompañando al señor Calhoun y a su hijo.

—No olvides que si vuelvo a saber que vas a casa de Jackson, te echo de casa.

Estas terminantes palabras no lograron del todo convencer a Teddy, pues al día siguiente se encontraba en una de las habitaciones reservadas del rancho de Jackson y acompañado de éste, que sabiendo su debilidad por la bebida, y teniéndole ya a su voluntad, le dictaba una carta concebida en estos términos:

"Haga el favor de traerme algunos de mis trajes al lindero del bosque.

Teddy."

Esta carta fué enviada por uno de la cuadrilla, para que se entregara a la vieja sirvienta del rancho del padre de Teddy, y la pobre mujer, ajena a las maquinaciones del pollo, cumpliría las órdenes que se le daban y con este disfraz podría guiar a Jackson y a sus hombres para robar el ganado de su padre.

Pero esta conversación había sido oída por Dolores, la cual a su vez escribió una carta, diciendo:

"Jim:

Venga de prisa. Teddy está en peligro.

Dolores."

A Jim le faltó tiempo para ensillar su caballo y acompañado de Aguila dirigióse volando en busca de Teddy, no sin antes avisar a Helen de que aquella noche no saliera del rancho, pues ella había sorprendido la carta que había recibido la sirvienta de su hermano pidiendo la ropa. No obstante la advertencia, titubeó en ir en busca de Teddy para evitar un mal mayor.

Dolores puso al corriente a Jim de lo que se tramaba, diciéndole que Jackson se proponía robar el ganado del rancho del señor Calhoun aquella misma noche y lo más criminal del caso era que estaba Jackson seduciendo a Teddy para que le ayudase.

La conversación de Dolores con Jim fué presenciada por Helen, la cual quedó anonadada pues quería a Jim con frenesí y creyó que aquella otra mujer le robaba su amor.

Con el alma negra como sus hermosos ojos, alejóse de aquel sitio, donde había tenido la pena más grande de su vida.

Marchóse en dirección a una choza donde supuso que más tarde llegaría su hermano, y allí estuvo aguardando.

Si quiere Ud. aprender a bailar el

Tango argentino

Pida el nuevo método que acaba de publicarse Así también los métodos de

EL CHARLESTON

y

BLACK-BOTOM

Precio da cada método **25 céntimos**

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

CUARTA PARTE

Los hombres de Jackson habían ya recibido las órdenes suyas, y se disponían, acompañados de Teddy, a romper las alambradas para robar el ganado de su padre.

En la última entrevista que efectuaron Jackson con Teddy, se convino que el primero daría por liquidada la cuenta pendiente, o sea, el dinero que le había anticipado para pagar lo que había perdido en el juego.

—Yo te prometo que si tú me das facilidades para apoderarme del ganado del padre, daré por saldada la cuenta, pues debes tener presente que todo cuanto tiene será para tu hermana, pues te ha desheredado.

—Así lo creo yo, todo por mi mala cabeza.

—Quién sabe, hombre—insistía el péfido Jackson—, yo procuraré darte otros anticipos a fin de que puedas probar nueva suerte y tal vez seas más afortunado.

En esto llegó el ex capataz Moore acompañado de su gente, avisando a Jackson de que ya estaba todo dispuesto.

Emprendieron la marcha todos juntos y a la cabeza del grupo iban Jackson y Moore guiados por Teddy, que, sin pensarlo, se iba a jugar la última carta en aquella aventura.

Tomaron por el atajo y a la luz de la luna plateada vadearon el río, internándose en el bosque.

Procuraron que sus caballos hicieran el menor ruido posible, parándose de vez en cuando para no alarmar a los pocos habitantes de las viviendas y ranchos que de vez en cuando encontraban por aquellos alrededores, hasta que llegaron a las cercanías del vallado del padre de Teddy.

Este fué el primero que echó pie a tierra dando orden a los que le seguían de que le imitaran.

Con gran cautela ataron los caballos en los postes de las alambradas y una vez éstos seguros empezaron la obra de romper las alambradas que guardaban el rebaño.

Penetraron por sorpresa en la cabaña en que, tranquilos y confiados, dormían los dos guardianes, y de un certero golpe los dejaron sin sentido tendidos cuan largos eran.

—Creo que lo mejor ahora—dijo Jackson—ya que somos amos de la situación, sería que aguardáramos a que empezara a clarear y en-

tonces podríamos llevarnos el ganado y con una hora ganaríamos la frontera de California y allí ya encontraríamos a la gente de Stewanson que se haría cargo de nuestro botín y percibiríamos la cantidad convenida.

—Por el contrario—añadió Teddy—, yo creo que lo mejor es marcharnos en seguida aunque no podamos llevar todo el ganado con nosotros.

Después de un rato de discusión acordaron aguardar el nuevo día, decidiendo aprovechar las horas de noche para dormir tres o cuatro horas, quedando un retén vigilando.

Pero en aquel momento llegaron Jim y Aguila, empezando un fuego graneado que puso en fuga a la mayoría de los ladrones, no sin que cayeran algunos de ellos heridos de consideración.

Jackson puso los pies en polvorosa, dirigiéndose a la cabaña adonde estaba Helen aguardando a su hermano.

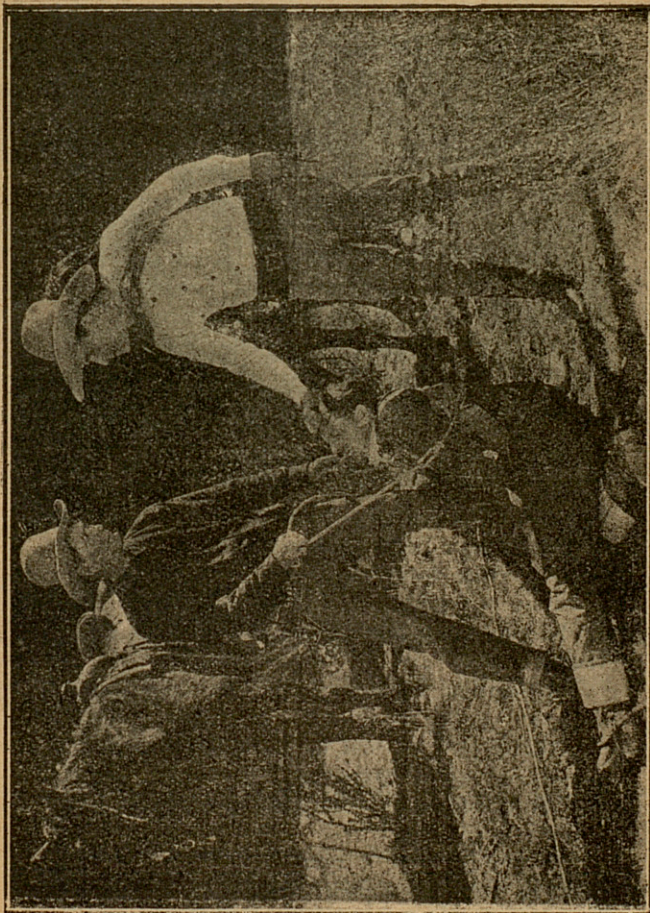
Jim, que no obstante las sombras de la noche había distinguido a Teddy, dijo a Aguila:

—Aquel es Teddy, déjalo escapar, yo voy detrás de Jackson y tú ten a raya a los demás hombres suyos.

Jackson penetró en la cabaña encontrándose con Helen, la cual le había abierto la puerta pensando que era su hermano.

—¡Hola, palomita!, al fin te encuentro sola.

Un grito ahogado escapó del pecho de Helen,



Habran dejado al capataz Merrick atado

la cual púsose a la defensiva, pues no en vano creía que aquel hombre intentaría obrar como quien era.

Lo primero que hizo Jackson fué sujetar a Helen para abrazarla, pero ella se defendía bravamente; no obstante sus fuerzas eran pocas en comparación de las de aquel hombre.

En aquel momento en que Helen no podía resistir ya por más tiempo la acometida de Jackson, llegó jadeante Teddy pensando poder cambiar el traje a fin de despistar a los suyos.

En cuanto entró se hizo cargo de la escena que se desarrollaba a sus ojos y aunque tarde se convenció de que Jackson era un criminal en toda la extensión de la palabra.

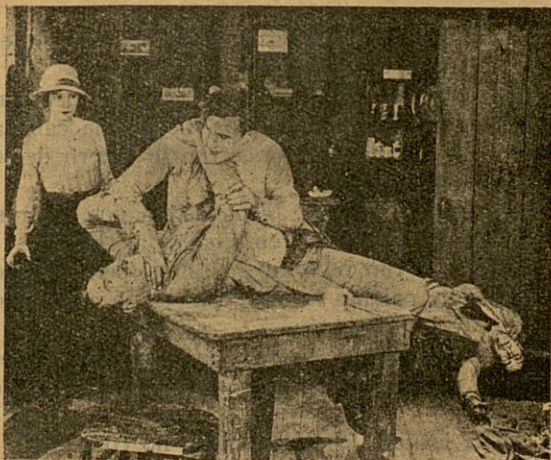
Salió en defensa de su hermana y entre aquellos dos hombres empezó una lucha tenaz, en la cual la peor parte la llevaba Teddy, pues las fuerzas eran desiguales.

De un tremendo puñetazo Teddy quedó fuera de combate y tendido encima de unas cajas vacías.

En seguida llegó Jim que se había separado de Aguila, no sin antes dejar atado al escapatáz Moore, al cual habían dado alcance.

Veloz como el rayo entró Jim en la tienda quedando sorprendido del cuadro que se le presentaba a sus ojos.

Sin dar tiempo a que Jim se defendiera Jackson abalanzóse sobre de Jim cayendo los dos al suelo.



La Ley del Tortazo

Pero nuestro valiente no era hombre que se arredrara con facilidad y pronto reaccionó con coraje.

De una zancadilla desprendióse con violencia de su rival, y una vez en pie los dos, empezó una lucha a puñetazo limpio en la que llevó la mejor parte Jim, y haciendo honor a su lema de "La ley del Tortazo", de un soberano puñetazo tendió al suelo y cuan largo era Jackson y una vez le tuvo dominado le ató fuertemente

para entregarlo al sheriff y que la más inflexible ley le castigara como se merecía.

Enterado el señor Calhoun de lo que ocurría, y seguido de sus rancheros, llegó a la cabaña donde con pocas palabras Jim le enteró de lo que había ocurrido.

Jackson y Moore, bien custodiados, fueron llevados al poblado y entregados al sheriff.

Helen y Jim regresaban juntos, pero ella no decía una palabra lo cual sorprendió a nuestro héroe y le preguntó:

—¿Por qué se cierran tus hermosos labios rojos, cuando yo esperaba una sola palabra de amor?

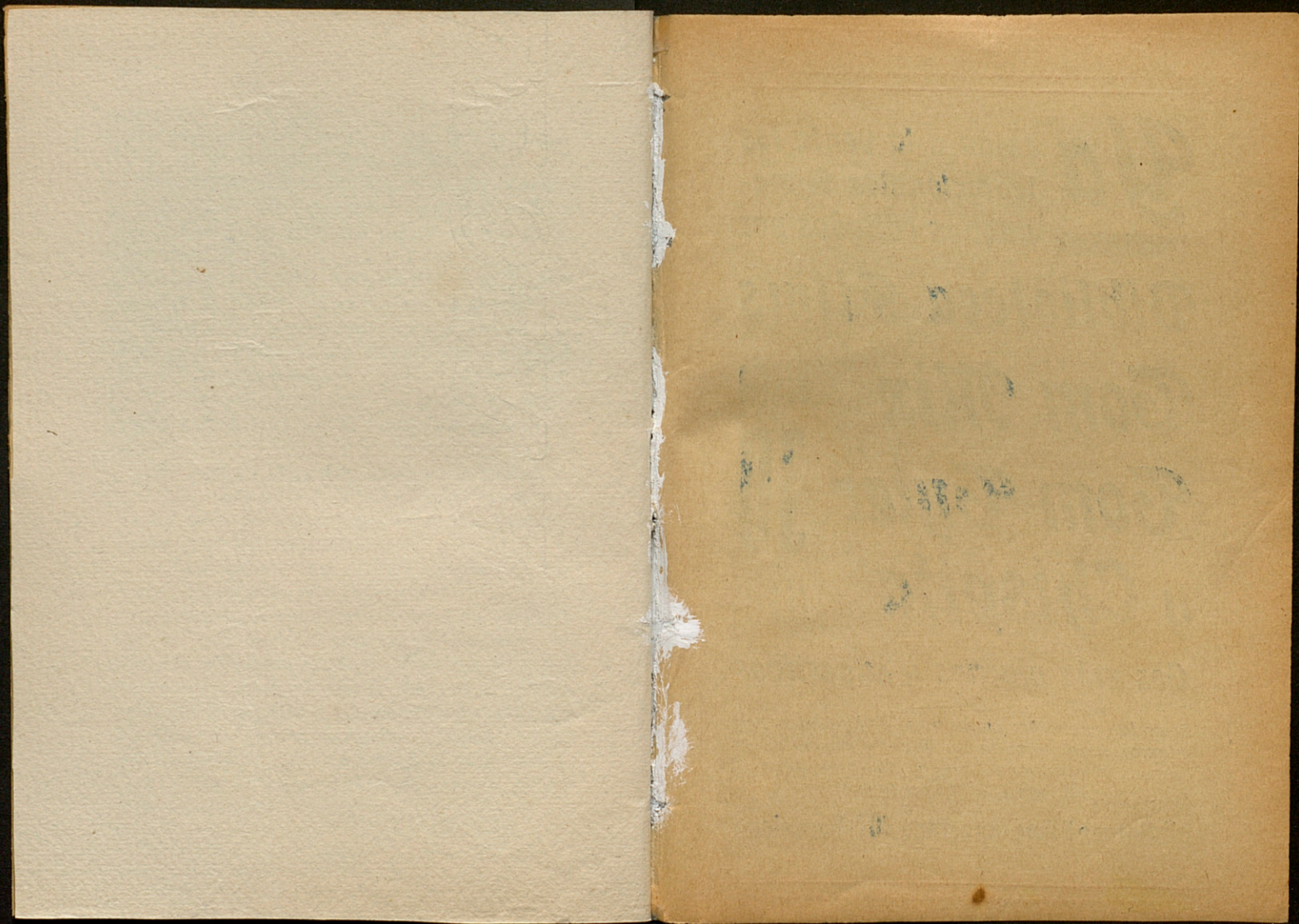
Ella levantó la cabeza, pero no contestó.

—No prolongues tu silencio, pues es un tormento para mi alma superior a mis fuerzas. Helen, ¿no me respondes?

—¿Qué quieres que te diga, después de haberte sorprendido con Dolores?

—Celos..., lo comprendo y esto me demuestra que me quieres, pues amor sin celos, es como la primavera sin flores. Pero tus celos son infundados. Dolores fué la que me avisó que preparaban el golpe y ella por quien siente una simpatía es por tu hermano. Créeme, yo no puedo quererte más que a ti en el mundo...

Y cómo no había Helen de creerlo, si era toda su ilusión.



Ya están a la venta los
tradicionales Alma-
nagues editados por

Biblioteca Films

Tom Mix Precio

Tom Tyler 30

y Chispita cénts.

Los más amenos y sugestivos

Si no los encuentra en su localidad pídalos hoy mismo, acompañando su importe en sellos de correo y remitiendo cinco céntimos para el certificado. - Franqueo gratis

Biblioteca Films-Apartado 707-Barcelona